« Restablecer el Capitolio y las estatuas de los héroes, desper-
« tar al pueblo romano entorpecido por muchos siglos de escla-
« vitud; tal es lo que nos queda que hacer.

« Despues podreis volver á vuestros hogares, y vuestros conciu-
« dadanos podrán decir al mostraros : ese fue del ejército de
« Italia. »

Jamás se habia hablado tal lenguage á los soldados franceses, los cuales locos estaban por su general, y este con la mayor facilidad los hubiera llevado al cabo del mundo. Tal era el pensamiento que abrigaba, y este sueño de su imaginacion, lo comunicaba á las almas de sus guerreros.

Así, como habla á sus compañeros de Italia, cuando ya, en plena mar, hacia la vela para Malta, y les descubria á medias el secreto de la expedicion de Egipto :

« Soldados, sois una de las alas del ejército de Inglaterra; ha-
« beis combatido con las montañas, llanuras y fortalezas; solo os
« queda la guerra marítima. Las legiones romanas que habeis á
« veces imitado, mas no igualado aun, combatian á Cartago en
« la mar y en los llanos de Zama, y nunca los abandonó la vic-
« toria, porque constantemente se mostraron intrépidos, resigna-
« dos, siempre prestos á arrostrar las fatigas, disciplinados y
« firmes. Pero soldados, la Europa tiene en vosotros los ojos fijos,
« y acordaos que teneis un gran destino que cumplir, repetidas
« batallas que dar, continuas fatigas que sufrir. »

Y, cuando desde lo alto de las riberas de lejandría, Bonaparte descubre abiertamente sus designios, apostrofa así á su ejército :

« Franceses, vais á emprender una conquista cuyos efectos en
« la civilizacion y comercio del mundo son incalculables. La
« primera ciudad que vamos á encontrar fue fundada por Ale-
« jandro. »

A medida que penetra con su ejército en los arenales de Egipto, observa que le rodea un pueblo fanático, ignorante y vengativo, que se desconfía de los cristianos, pero que profesa mayor odio por las exacciones, injurias, orgullo y tiranía de los Mamelucos; y por acomodarse á su ojeriza y preocupaciones, les dirige una proclamacion concebida completamente en el género turco :

« Cadies, cheiques, imanes, corbachis, no os faltará quien os
« diga que quiero destruir vuestra religion, mas no lo creais, y
« responded que vengo á restablecer vuestros derechos, castigar

« vuestros usurpadores, y que, mas que los Mamelucos, respeto á
« Dios, á su profeta y al Alcoran.

« Decid al pueblo que todos los hombres son iguales en pre-
« sencia de Dios, sin mas diferencia que la que establecen la sabi-
« duría, talentos y virtudes.

« ¿Hay en Egipto una tierra pingüe? pues pertenece á los Ma-
« melucos; ¿una hermosa esclava, un caballo brioso, una casa
« opulenta? todo eso pertenece á los Mamelucos. Si el Egipto es
« su patrimonio, que nos presenten los títulos que Dios les ha otor-
« gado! Pero Dios, justo y misericordioso para con el pueblo, con-
« vida á todos los Egipcios á ocupar todos los empleos, y el pue-
« blo será dichoso cuando gobernarán los mas sabios, los mas
« esclarecidos y los mas virtuosos.

« En otro tiempo habia en vuestro pais ricas ciudades, grandes
« canales, un comercio próspero. ¿Y todo eso quien lo ha des-
« truido sino la avaricia y tropelías de los Mamelucos?

« Cadis, cheiques, imanes, corbachis, decid al pueblo que
« nosotros tambien somos verdaderos musulmanes. ¿Quien sino
« nosotros derribaron al papa que queria acabar con los musulma-
« nes? ¿Acaso no somos nosotros amigos del Gran-Señor?

« ¡Dichosos tres veces los que estarán con nosotros! pues pros-
« perarán en su rango y fortuna. ¡Dichosos los que guardarán
« la neutralidad! pues tendrán tiempo de conocernos, y unirse á
« nosotros.

« Pero, ¡ay de aquellos que se armarán en favor de los Mame-
« lucos y combatirán contra nosotros! para ellos no habrá espe-
« ranza, y todos perecerán. »

Despues de la sublevacion del Cairo, se aprovecha del terror y credulidad de los Egipcios, para anunciarse como un ente sobrenatural, como el enviado de Dios, y el hombre inevitable del destino.

« ¡Cheiques, ulemas, sectarios de Mahoma! decid al pueblo
« que todos los que fueron *mis* enemigos, no tendrán refugio ni
« en este mundo ni en el otro. ¿Y hay algun hombre bastante
« ciego para dejar de conocer que el mismo destino dirige *mis*
« operaciones?

« Decid al pueblo, que desde que el mundo es mundo, escrito
« estaba que, despues de haber destruido los enemigos del Isla-
« mismo, y echado en tierra las cruces, vendria *yo* del fondo del
« Occidente para cumplir con la mision que me fue impuesta.

« Decid al pueblo que en el sagrado libro del Alcoran, en mas « de veinte pasages, lo que sucede está previsto, y lo que suce- « derá igualmente explicado. »

« *Yo* podria pedir cuenta á cada uno de vosotros de los senti- « mientos mas secretos de su corazon, pues todo lo sé, aun aque- « llo que á nadie habeis dicho. Pero llegará el dia en que todo el « mundo verá con evidencia que *me* conduce una fuerza superior; « y que todos los esfuerzos humanos nada pueden contra *mí*. »

El 18 de brumario, rodeado de su brillante estado-mayor, apostrofó al Directorio con la soberbia autoridad de un amo que pide cuenta á sus intendentes, y como si fuese ya el soberano absoluto de la Francia:

« ¿Qué habeis hecho de esa Francia que *yo* os dejé tan bri- « llante? Os dejé la paz, y encuentro la guerra, os envié los millo- « nes de Italia, y veo por do quier leyes espoliatrices y la mise- « ria... ¿Qué habeis hecho de cien mil Franceses que *yo* conocia, « *mis* compañeros de gloria y trabajos? Todos han muerto. »

La víspera de la famosa batalla de Austerlitz, inicia vivamente su ejército á las inspiraciones de su estrategia:

« Los Rusos pasarán por mi derecha y me presentarán el flanco.

« Soldados, yo mismo dirigiré todos vuestros batallones, y me « tendré apartado del fuego si con vuestro valor acostumbrado, « llevais el desórden y confusion en las filas enemigas; pero si la « victoria se presentase incierta, me vereis correr delante de los « primeros cuerpos, pues se trata del honor de la infantería fran- « cesa, la primera infantería del mundo. Esta victoria acabará « vuestra campaña, y la paz que estableceré será digna de la « Francia, de vos y de mí. »

¡Qué grandeza, qué orgullo en estas últimas palabras!

Su discurso despues de la batalla es una obra maestra de elocuencia militar; contento está de sus soldados, con ellos se mezcla, les recuerda los que vencieron, lo que han hecho, lo que se dirá de ellos; ni una palabra de los gefes; el Emperador y los soldados, la Francia por perspectiva, la paz por recompensa, la gloria por recuerdo. ¡Qué principio y qué fin!

« Soldados, estoy contento de vosotros, habeis condecorado « vuestras águilas con una gloria inmortal. Un ejército de cien mil « hombres, capitaneado por los emperadores de Rusia y Austria, « ha sido, en menos de cuatro horas, destruido y dispersado por « vosotros, y los que á vuestras armas escaparon, fueron ahoga- « dos en los lagos.

« Cuarenta banderas, los estandartes de la guardia imperial de « Rusia, ciento y veinte cañones, veinte generales, mas de « treinta mil prisioneros, tales son los resultados de tan fausto dia, « para siempre memorable. Esa infantería tan ponderada, y en « número superior, no ha podido resistir á vuestro choque, y en « adelante no teneis rivales que temer.

« Soldados, cuando el pueblo francés ciñó mi frente con la co- « rona imperial, á vosotros me confié para mantenerla siempre en « ese brillo elevado de gloria, que solo puede darle precio á mis « ojos. Soldados, pronto volveremos á Francia; en ella sereis el « objeto de mis tiernas solicitudes, y bastará decir: *Yo estaba en « la batalla de Austerlitz*, para que digan todos: *Este es un « valiente.* »

El dia aniversario de esta misma batalla, recapitula con complacencia los despojos acumulados caidos en las manos de los Franceses, é inflama su ardor contra los Rusos con el recuerdo de esta victoria: « ¿Ellos y nosotros no somos los soldados de « Austerlitz? » Esta palabra es magnífica.

« Soldados, hace un año que á esta misma hora, os hallábais « en el campo memorable de Austerlitz; acordaos como huian « despavoridos los batallones rusos. Ya no existen sus aliados; « sus fortalezas, sus capitales, sus almacenes, sus arsenales, dos- « cientos ochenta banderas, setecientas piezas de batalla, cinco « grandes plazas de guerra están en nuestro poder. El Oder, el « Warta, los desiertos de la Polonia, el mal tiempo, nada pudo « contener vuestro arrojo, y el águila francesa se cierne sobre el « Vistula, mientras que los esforzados é infelices Polacos creen « volver á ver las legiones de Sobieski.

« Soldados, hasta que la paz general haya restituido á nuestro « comercio su libertad y sus colonias, no depondremos las armas. « Tenemos conquistas en el Elba y el Oder, Pondichery, nuestros « establecimientos de Indias y las colonias españolas. ¿Qué podrá « dar á los Rusos la esperanza de contrabalancear los destinos? « ¿No somos ellos y nosotros los soldados de Austerlitz? »

Abrió la campaña de Prusia con estas palabras terribles como el rayo próximo á estallar:

« Soldados, me hallo en medio de vosotros, y sois la vanguardia « de mi pueblo. No debeis volver á entrar en Francia sino bajo arcos

« de triunfo. ¡Y qué! ¿no habremos desafiado las estaciones, los « mares, los desiertos, vencido á la Europa tanta veces coligada « contra nosotros, difundido nuestra gloria de oriente á occidente, « sino para volver ahora á nuestra patria como transfugos, y oir « decir que el águila francesa huyó amedrentada al aspecto de los « batallones prusianos?

« Marchemos pues, ya que nuestra moderacion no ha podido « hacerlos salir de su embriaguez, y sepan que si es fácil conse- « guir un acrecentamiento de poder con la amistad de un gran « pueblo, su enemistad es mas tremenda que las tempestades del « Océano. »

A su entrada en Berlin, encomia y exalta á los soldados por la rapidez de su marcha y por sus triunfos: « Los bosques, los des- « filaderos de Franconia, de Saale y del Elba, que no hubieran « atravesado nuestros padres en siete años, los hemos recorrido « en siete dias, y en el intervalo hemos dado cuatro combates y « una gran batalla. En Postdam y en Berlin, hemos precedido á la « fama de nuestras victorias; hemos hecho sesenta mil prisione- « ros, tomado sesenta y cinco banderas, seiscientas piezas de ar- « tillería, tres fortalezas, mas de veinte generales; y sin embargo, « mas de la mitad de vosotros siente no haber disparado aun su « fusil. Todas las provincias de la monarquía prusiana hasta el « Oder, están en nuestro poder. »

En Eylau, honra la muerte de sus bravos guerreros:

« Hemos marchado al enemigo, lo hemos perseguido vivamente « por espacio de ochenta leguas, le hemos quitado sesenta y cinco « piezas de artillería, diez y seis banderas, y dejado mas de cua- « renta y cinco mil hombres entre muertos y heridos. Nuestros « intrépidos soldados que yacen en el campo de batalla, hallaron « una muerte gloriosa, una muerte digna de valerosos guerre- « ros. »

En Friedland hace la misma enumeracion de victorias:

« En diez dias, hemos ganado ciento y veinte cañones, siete ban- « deras, muerto, herido ó hecho prisioneros sesenta mil Rusos, « arrebatado al ejército enemigo todos sus hospitales, sus alma- « cenes, sus transportes, la plaza de Kenisberg, los trescientos « buques que estaban en el puerto cargados de toda especie de « municiones, y ciento sesenta mil fusiles enviados por la Ingla- « terra para armar nuestros enemigos. Desde las márgenes del « Vístula hemos llegado á las del Niemen, con la velocidad del « águila. En Austerlitz celebrasteis el aniversario del corona- « miento; este año habeis celebrado dignamente el aniversario de « Marengo. Soldados del gran ejército francés, dignos sois de « vosotros y de mí. »

En 1809, presto á castigar al Austria por sus traiciones, confia al ejército sus grandes designios, mezclándolo y asociándolo á sus venganzas; no se separa de él, y parece que es su causa la que va á defender. ¡Qué brio militar en este discurso!

« Soldados, vosotros me rodeabais cuando el soberano del Aus- « tria vino á mi campamento de Moravia. Bien os acordais de « como imploró mi clemencia, jurándome una amistad eterna. « Vencedores en tres guerras, todo lo debió el Austria á nuestra « generosidad. Tres veces ha sido perjura. Nuestra fortuna pasada « nos garantiza la victoria que nos aguarda. Marchemos, y que « al vernos reconozca el enemigo sus vencedores. »

Con el mismo ardor anima contra los Ingleses el ejército espedicionario de Nápoles, y parece que su palabra marcha al paso de carga:

« Soldados, marchad, precipitaos en las olas, si es que os « aguardan los débiles batallones de los tiranos de los mares. No « tardeis en hacerme ver que vengada está la santidad de los tra- « tados, y que aplacadas quedan los manes de mis valientes sol- « dados degollados en los puertos de la Sicilia, al volver de « Egipto, despues de haber escapado á los peligros y naufra- « gios. »

Para abatir el poder de su implacable, de su eterna enemiga, arenga el ejército de Alemania á su vuelta, y presenta á sus ojos la conquista de la Iberia:

« Soldados, despues de haber triunfado en las márgenes del « Danubio y del Vístula, habeis recorrido la Alemania á marchas « forzadas, y actualmente os hago atravesar la Francia sin daros « un momento de descanso. Soldados, tengo necesidad de vos- « otros. La horrorosa presencia del leopardo mancha los continentes « de España y Portugal. Huya este monstruo despavorido á vues- « tro aspecto, y vuelen nuestras águilas victoriosas hasta las co- « lumnas de Hércules, pues injurias tenemos tambien allí que ven- « gar. Soldados, habeis sobrepujado en denuedo y heroismo á los « ejércitos modernos; pero ¿habeis igualado la gloria de los ejér- « citos romanos que, en una misma campaña, triunfaron en el « Rin, en el Eufrates, en Iliria y en el Tajo? »

La mañana de la batalla de la Moskowa, ofrece á los ojos de sus soldados la nueva cosecha de laureles que piensa cojer, y los coloca en presencia de sus recuerdos y de la posteridad :

« He aquí la batalla que tanto habeis deseado, la victoria de « vosotros depende, y os es necesaria. Ella os proporcionará la « abundancia, los buenos cuarteles de invierno, un pronto regreso « á la patria. Conducios como en Austerlitz, Friedland, Witepsk, « Esmolenco, y que la posteridad mas remota cite con orgullo lo « que habreis hecho en este dia. Que digan de cada uno de vos- « otros vuestros conciudadanos : Este estaba en la gran batalla « que fue dada bajo los muros de Moscú. »

Hemos llegado con el sol á la cima de la montaña, y es necesario bajar esta en la sombra; mas detengámonos un instante.

La gloria se apaga á fuerza de brillar, sola la libertad se repara y reanima por sus propias pérdidas, y mientras mas se esparce mas vigor cobra. Pero Napoleon no quiso arrojarse en los brazos de la libertad. Tal vez si se hubiera puesto al frente de la democracia europea, hubiera derribado, mejor que con sus ejércitos, á todos los príncipes; mas no lo quiso así, y ¿cómo se hubiera prestado á ello, el mas absoluto y mas déspota de todos los potentados? Demasiado nuevo para los reyes, y muy antiguo para las masas, Napoleon vió pronto alzarse contra su dominacion los monarcas y los pueblos. El emperador habia hecho temblar todas las dinastías, estas sublevaron las nacionalidades, y se puede triunfar de un ejército, pero no de una nacionalidad, y menos de muchas naciones. El genio y la victoria nada pueden contra la independencia de los pueblos, contra el derecho y contra el número. Tal es la ley humana, ley de justicia y moralidad, ley providencial. Napoleon debia caer, y su ruina señalada estaba casi á hora fija.

En vano pretendia cobrar nuevo temple en las fuerzas vivas de la Francia esa esforzada intrepidez, de la cual salia siempre y á pesar suyo su *yo*, su *yo* árido y fatal. Como un leon acosado en su cueva y amenazado de todos los lados por los chuzos de los cazadores, el héroe de Austerlitz se respaldó en la nacion y lanzó rugidos capaces de hacer temblar al mundo; mas ya era tarde.

Lástima causa el ver desgarrarse en girones ese imperio de púrpura y de oro; deplorable espectáculo presenta esa vasta monarquía que cruje en sus partes mal unidas, desde Roma á Texel, desde los Alpes á Hamburgo; esas negociaciones veinte veces emprendidas, veinte veces abortadas; esas resistencias desesperadas de un héroe, esas borrascas de su alma, esos destellos de victoria que emiten un rápido fulgor en la espantosa lobreguez; esas alevosías inauditas, ese desaliento en los ánimos esforzados, esas transacciones secretas de la avaricia y vanidad saciadas, esas aspiraciones invencibles al reposo, ese cansancio universal de la Francia, de la Francia molida y destrozada.

Pasemos, pasemos con presteza á la corte de Fontainebleau, para escuchar la despedida de Napoleon á los restos fieles de su ejército, á esos soldados que no podian separarse de su general, y que lo rodeaban bañados en llanto. La antigüedad no ofrece escena mas patética y sublime :

« Soldados, me despido de vosotros. Hace veinte años que vivi- « mos juntos, y siempre he estado contento de mis soldados, « siempre los hallé en el camino de la gloria. Todas las potencias « de la Europa se han coligado contra *mí*. Algunos de mis gene- « rales han faltado á su deber y á la Francia. Nuestra misma pa- « tria ha querido otros destinos : con vosotros y con los fieles va- « lientes que me quedan, hubiera podido mantener la guerra civil, « pero la Francia hubiera sido desgraciada. Sed fieles á vuestro « nuevo rey, sumisos á vuestros nuevos gefes, y no abandoneis « nuestra amada patria. No os apesadumbreis por mi suerte, pues « yo seré dichoso cuando sabré que vosotros mismos lo sois. Hu- « biera podido morir, y si consiento en sobrevivir es para servir á « vuestra gloria. Las grandes cosas que hemos hecho, yo las es- « cribiré... No puedo abrazaros á todos pero abrazo á vuestro gene- « ral. Venid, general Petit, venid quiero estrecharos contra mi « corazon. Que me traigan el águila, que quiero tambien abra- « zarla. ¡ Aguila querida ! pueda este beso que te doy resonar en la « posteridad. Adios hijos mios; mis votos siempre os acompaña- « rán; guardad eternamente mi memoria. »

Parte, y desde el fondo de la isla de Elba, organiza su fabulosa expedicion, y aun no ha puesto el pié en las riberas del golfo Juan, cuando ya, desde lo alto del debil esquife que lleva á César y su fortuna, libra á las olas y siembra en los vientos su proclamacion, evocando á los ojos de sus soldados las imágenes de cien victorias, y enviando sus águilas como mensageros de su regreso triunfante.

« Soldados, en mi destierro he oido vuestra voz... No, no fui- « mos vencidos, sino vendidos; podemos olvidar que fuimos árbi- « tros de las naciones, pero no debemos permitir que ninguna in-